

## XII

### Se rompen las hostilidades con el ejército francés. Acción de Acultzingo.

1862

CON relación á las preparaciones y marchas de las tropas mexicanas que se pusieron en primera línea frente al ejército invasor, dice el general Díaz, al hacer referencia á la parte que le tocara en sus maniobras de avance:

«Muy poco después de nuestro arribo á la capital, de regreso de la acción de Pachuca y Real del Monte, tuvo noticia el Gobierno de que se había firmado la convención tripartita, de 31 de Octubre de 1861; y el 23 de Noviembre siguiente organizó un cuerpo de ejército de algunos diez mil hombres, que puso á las órdenes del general D. José López Uruga, del cual formaba yo parte como mayor general de la primera división, que estaba á las órdenes del general D. Ignacio Mejía, siendo á la vez que mayor general, jefe de la segunda brigada de esa misma división. En tales condiciones marchamos para Orizaba, y el general en jefe ordenó que la primera brigada de la tercera división, mandada por el general Mejía, se situara en Córdoba, y como puesto avanzado la mía en El Camarón, así como una fuerza de caballería en La Soledad. El general Uruga tuvo algunas entrevistas con el general Prim, y desmoralizado por el aparato de las fuerzas europeas que habían desembarcado, creyó que no eran bastantes nuestros elementos para hacer una defensa fructuosa, y lo manifestó así francamente á sus soldados y al Gobierno, por lo cual fué relevado inmediatamente por el general D. Ignacio Zaragoza, que tomó el respectivo mando el 21 de Febrero de 1862.

»Antes del relevo del general Uruga habíamos hecho, por su orden, un movimiento de avance hasta La Soledad con toda la masa del ejército, porque se creyó que el enemigo se movía de Veracruz sobre nosotros. No habiéndose realizado esto, el general Zaragoza mandó que volviéramos á ocupar nuestras antiguas posiciones respectivamente, para ponernos fuera de la zona que hace mortífera la endemia de la fiebre amarilla.

»Entretanto se verificaron las conferencias de La Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula y la ocupación pacífica, por el enemigo, de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán; el núcleo principal del ejército mexicano se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi brigada, reforzada por uno de los batallones de la primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca.

»El 6 de Marzo de 1862 tuvo lugar en San Andrés una verdadera hecatombe, causada por la imprevisión de los jefes respectivos, y de la cual fué víctima la primera brigada de la primera división, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colectoría, en donde se alojó la primera brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar sus alimentos, causando la muerte de 1.042 soldados y varias mujeres, quedando heridos más de doscientos de los primeros, y acaso otros tantos de los vecinos de la población próxima al lugar del incendio.

»Después de algunos días, durante los cuales se verificaron varias conferencias entre los aliados, el enemigo hizo un movimiento de retroceso, según se había comprometido, para volver á la zona cálida, con el fin de que el ejército mexicano ocupara los cerros del Chiquihuite y el Pinal. En esa inteligencia marchaba yo á vanguardia del ejército, con la misma fuerza que había tenido en la campaña de Ixtapa.

»Al llegar nuestra vanguardia á Orizaba se me ordenó ocupar el llano de Escamela, mientras acababan de salir de Orizaba, como debían según los convenios, las tropas españolas y francesas que quedaban allí, y cuyo desfile presencié. Mandé seguir sus movimientos, y en su observación, al teniente coronel D. Félix Díaz, con sólo cincuenta caballos de su regimiento, puesto que hasta allí no era de esperarse un combate en atención á lo estipulado, y porque esas órdenes había yo recibido del general Zaragoza, á quien esperaba por momentos en mi campamento de Escamela. Al llegar la retaguardia del enemigo á Córdoba se destacó una pequeña columna de tropas francesas, compuesta de doscientos caballos con igual número de zuavos á la grupa de los jinetes, y vino rápidamente á chocar con mi vanguardia. Esta se defendió heroicamente, pereciendo un gran número de soldados y caballos, y quedando su jefe, el teniente coronel D. Félix Díaz, herido de un balazo en el pecho, y prisionero en poder del enemigo.»

Era el primer ventajoso encuentro contra nuestras tropas, que no llevaban la misión de batirse aún, y que el enemigo, al faltar á sus compromisos, pudo sorprenderlas estando como estaban formando un grupo insignificante de simple observación. Las primeras balas se cruzaron, y aquel episodio fué el prólogo de la gigante lucha que sostuvo por cinco años el pueblo mexicano.

Pero sigamos insertando los apuntes del general Díaz:

«Pocos momentos después de ese combate,—dice,—pasaba por allí, conducida en litera, la condesa de Reus, de regreso para Veracruz, con una escolta de tropas españolas. Informada de lo que acababa de suceder, se empeña enérgicamente por la libertad de los prisioneros, lo mismo que el general Milans del Bosch, jefe del estado mayor del general Prim, cuando el teniente coronel Díaz, aprovechando un momento de descuido de los franceses, montó rápidamente su mismo caballo, que había quedado á su lado, saltó una alta barda que formaba el camino y se internó en el bosque, sin recibir ninguno de los muchos disparos que le hicieron los franceses. Llegó sin novedad á Coscomatepec, donde había autoridades amigas, y dos días después se me incorporó en Acultzingo, habiendo dado vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

»Mientras yo movía tropas en auxilio de mi vanguardia derrotada, y empezaba á tirotear al enemigo, mandaba aviso de lo ocurrido al general Zaragoza, que venía en compañía del general Prim, quien á poco llegó también con su respectiva escolta. Pasó en medio de nuestras tropas y fué respetado por los franceses, que suspendieron sus fuegos, lo mismo que nosotros.

»El general Zaragoza, enterado allí de lo ocurrido, ordenó nuestro movimiento de contramarcha, dejándome con una pequeña fuerza para defender el camino, al final del llano de Escamela. Pasada media hora, y cuando se acercaba el grueso del enemigo á su tropa de descubierta, que reanudaba su combate conmigo, recibí orden del citado general Zaragoza para incorporármele. Empecé mi marcha á la defensiva, hasta Orizaba; y después de salir de este punto, ya no fui más hostilizado. Así, sin más dificultad, llegué al Ingenio, donde pernoctamos. Al día siguiente dispuso el general en jefe que marcháramos á Acultzingo.»

Abrimos aquí un paréntesis para hacer notar cómo á las fuerzas del general Díaz tocó la satis-



EL TENIENTE CORONEL D. FÉLIX DÍAZ, HERIDO Y PRISIONERO, SE FUGA

facción de encender los primeros fuegos sobre el ejército francés, que rompiendo con sus tradiciones sin respetar el armisticio, de un modo indecoroso lanzó sus fuerzas contra la vanguardia á que antes se ha aludido. Hecha la advertencia, continuemos la inserción:

«Después de dos días de permanencia en Acultzingo,—dice el general Díaz,—se me ordenó que marchara con mi brigada á Tehuacán, donde se pondrían á mis órdenes otras dos, mandadas una por el general D. Mariano Escobedo, y otra por el general D. Mariano Rojo, previniéndoseme que con las tres me dirigiera hacia Matamoros Izúcar, con objeto de batir á las fuerzas de Márquez, que por allí venían con el propósito de reunirse al invasor extranjero.

»Pernocté en Tehuacán, en donde se pusieron á mis órdenes los generales Escobedo y Rojo, y al día siguiente marchamos para Matamoros; pero al llegar á Tlacotepec, recibí nueva orden en que se me prevenía que contramarchara rápidamente, porque el enemigo se movía sobre Acultzingo, á

donde el general Zaragoza había avanzado para ocupar las cumbres, colocando el núcleo principal del ejército en un lugar propiamente llamado «Las Cumbres,» sobre el camino carretero; á un lado estableció un fuerte destacamento de infantería en la altura que domina por la izquierda la carretera, mandado por el general D. Miguel Negrete, y otro enfrente, dominando el mismo camino, que quedó á las órdenes del general D. Mariano Escobedo, á quien con ese objeto se me había ordenado mandara por camino de travesía y al paso veloz, como lo hice, disponiendo que atravesara por la cañada de Rojas. Ambos destacamentos de los flancos tenían artillería de montaña.

»El cuartel general, en cuanto á mí, dispuso que cubriera con mi brigada el puente Colorado, y que con la brigada Rojo reforzara Las Cumbres, donde estaba el propio cuartel general. Así lo ejecuté, y al volver apenas á ponerme al frente de mi brigada, noté que el ejército comenzaba á retirarse en desorden. Tuve que usar de la fuerza, en el puente, para detener á los que huían, y los mandaba sucesivamente por la cañada de Ixtapa, según los organizaba en porciones de 500 hombres, poniéndoles á la cabeza jefes y oficiales que escogía de entre los mismos fugitivos, pues no tenía otros de quienes echar mano.

»Ejecutaba yo esta operación, el 28 de Abril de 1862, cuando llegó el general en jefe con su estado mayor, aprobó mi procedimiento, y después que pasó todo el ejército por mi puesto, menos los soldados que mandaban los generales Negrete y Escobedo, que habían tomado diversos caminos para ir á incorporarse á las fuerzas que estaban á mi espalda ya, en la cañada de Ixtapa, me ordenó el general en jefe detener allí al enemigo el mayor tiempo posible, mientras él podía tomar otras disposiciones salvadoras. El ejército invasor apareció á poco, serían las cinco de la tarde, en Las Cumbres, y en un cerro que, por la izquierda, domina el puente Colorado á tiro de fusil. Yo había colocado mi infantería bien cubierta en los barrancos, en condiciones de poder hacer fuego, y había dejado casi descubierta, porque no era posible otra cosa, la única batería que tenía, y su escolta formada en tiradores. Mi caballería la puse en segunda línea, fuera de la zona peligrosa.

»En tal disposición, resistí y correspondí los tiroteos de las tropas contrarias, que no se lanzaron al ataque, habiéndose limitado á tomar posiciones para acamparse, con sus grandes guardias avanzadas hacia mi puesto; y en esa situación me hallaron los emisarios del general en jefe, que vinieron á prevenirme, por su orden, que retrocediera á la mencionada cañada de Ixtapa, lo cual verifiqué con toda precaución á las diez de la noche, dejando hasta el último instante guerrillas de tiradores en el puesto inicial de marcha, y luego alternativamente retiraba las que iba escalonando sobre el camino.»

La defensa de Acultzingo no se había efectuado en forma: se rompieron los fuegos, y tropas flanqueadoras desmoralizaron á las nuestras, que se declararon en una retirada que pudo en cierto modo ordenarse, debido á las oportunas y enérgicas medidas que por propia inspiración tomó el general Díaz, á quien venía tocando lo más peligroso y recio de los servicios; pues ya en Escamela, ya en las inmediaciones de Acultzingo, se le había confiado la ardua, delicada misión de proteger marchas de retroceso, frente al enemigo que avanzaba. Su valer habíase hecho cada día más visible á los ojos del ejército y ante el concepto de los jefes superiores. La atmósfera luminosa de una merecida fama, le rodeaba ya.

Sigamos copiando de su Autobiografía, para enterarnos de la marcha de los acontecimientos. Dice en lo que corresponde al momento que nos ocupa:

«Al día siguiente de la acción de Acultzingo, 29 de Abril, se ordenó la marcha rumbo á Puebla,

á donde llegamos el 3 de Mayo, y ese mismo día lo hizo el enemigo á Amozoc, pues marchábamos con diferencia de una jornada. Luego que arribamos á Puebla, el general en jefe ordenó que las tropas del general D. José María Arteaga, que por haber sido gravemente herido en Las Cumbres las mandaba el general Negrete, ocuparan los cerros de Guadalupe y Loreto; que el general D. Santiago Tapia, con las fuerzas de Puebla, ocupara el perímetro interior de la ciudad, que estaba fortificado pasajeramente y artillado; y dejó como columnas maniobreras la brigada de mi mando, la del general Berriozábal, la del general Lamadrid, y la caballería que mandaba el coronel D. Antonio Álvarez, formada de los regimientos carabineros de á caballo, lanceros de Oaxaca, lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, mandados respectivamente por los coroneles D. Antonio Álvarez, D. Félix Díaz, D. Germán Contreras y mayor D. Casimiro Ramírez.

»En la noche del 3 de Mayo, día de nuestro arribo á Puebla, el general en jefe D. Ignacio Zaragoza detuvo en su alojamiento á los jefes que sucesivamente llegábamos á dar parte de las novedades del día y de la marcha. Cuando nos habíamos reunido los generales D. Ignacio Mejía, don Miguel Negrete, D. Antonio Álvarez, D. Francisco Lamadrid, D. Felipe B. Berriozábal y yo, nos manifestó que la resistencia presentada hasta entonces debía reputarse insignificante, por más que el Gobierno había hecho esfuerzos para acopiar elementos en sus difíciles circunstancias, cuando el país estaba herido y desangrado por la guerra intestina; mas que de todos modos era vergonzoso que un pequenísimo cuerpo de tropas extranjeras, que para la nación podría tener la importancia de una patrulla, llegara á la capital de la República sin encontrar la resistencia que corresponde á un pueblo que pasaba de ocho millones de habitantes; que, en consecuencia, excitaba á los que estábamos presentes para que nos comprometiésemos á combatir hasta el sacrificio, á fin de que, si no llegábamos á alcanzar la victoria, cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y casi en todo género de condiciones militares, á lo menos perdiéramos dignamente después de luchar con todo esfuerzo, dando así tiempo para preparar en el interior la defensa del país; pues que ocasionando al enemigo graves daños, como podíamos ocasionárselos, se vería obligado á estacionarse en Puebla, en donde aun derrotados, podíamos seguirlo hostilizando. Como era natural, contestamos que estábamos todos animados de los mismos sentimientos que el general en jefe, lo cual quedó bien pronto demostrado.

»La noche del 3 y todo el día 4 se emplearon en hacer fuertes trabajos de zapa en los dos cerros que cubren á Puebla, y en perfeccionar la fortificación del perímetro interior. El día 4, después de la diana, formamos las cuatro columnas maniobreras de infantería y la de caballería en la plaza de San José, en espera del ejército invasor. Al mediodía, el cuartel general supo, por las fuerzas mexicanas ligeras que guardaban el contacto con el enemigo, que éste no se movía de Amozoc; y á virtud de tal noticia volvimos á nuestros cuarteles, con orden de formar de nuevo en el mismo lugar en el momento que se disparara un tiro de cañón en el fuerte que corona el cerro de Guadalupe.»

Se estaba en vísperas de una batalla: carros de transporte, fajinas de tropa iban ó venían produciendo ruido y movimiento extraordinarios; las trincheras se reforzaban en el interior de la ciudad, y en los fuertes que se levantan sobre las eminencias de Loreto y Guadalupe; la artillería se distribuía en ellas, y se escogía la más ligera para dotar á las tropas de maniobra.

Las guerrillas nuestras se replegaban á la ciudad unas, se relevaban otras, y se mantenían siempre las que mandaba el comandante de escuadrón D. Pedro Martínez, á pocos centenares de metros de la fuerza avanzada de la división francesa, que estaba á la salida del pueblo de Amozoc.

Los ayudantes corrían comunicando órdenes, y los jefes hacían toda clase de aprestos en sus respectivas fuerzas ó posiciones, aun después de entrada la noche, para acabar de expeditarse.

Luego ya á las doce, como si hubiesen rendido las fatigas, reinó un profundo silencio en la ciudad de Puebla.

Se iba á dar una batalla, y parece que sombrío, sobre la ciudad silenciosa, envuelta en las tinieblas, meditaba el genio de la guerra, aquilatando los elementos de las tropas que iban á encontrarse: número, armamento, disciplina y la alta moral que da una gloriosa fama universal, se hallaba en unas; el santo patriotismo rebosaba en otras y la justicia las asistía.

¿En la frente de quiénes colocaría sus lauros la victoria?

La noche negra y solemne, como la esfinge, estaba triste y estaba muda; sólo interrumpía su silencio el legendario *alerta* de los centinelas...

Pero llegaba la alborada, y á su incierto clareo, la masa de Puebla vagamente se distinguía, y los fuertes dibujaban sobre las eminencias de los cerros de Loreto y Guadalupe sus siluetas informes.

El rumor de tropas en marcha empezó á oirse: ¡el ejército había despertado!



### XIII

#### Batalla del 5 de Mayo en Puebla

1862

**D**ECÍAMOS, en el capítulo anterior, que la luz vaga de la alborada del 5 de Mayo de 1862 empezaba á dibujar á la ciudad de Puebla, con sus empinadas atalayas, como avanzándose para asomarse á la llanura, y que se escuchaba el ruido de las tropas en marcha.

Efectivamente, el general Díaz, dando cuenta de lo sucedido en ese día histórico, burilando el severo relieve de una batalla, dice en sus apuntes:

«En la madrugada del día 5, los ayudantes del cuartel general vinieron á sacar de sus cuarteles las distintas columnas para situarlas, según disposiciones del mismo. A las tres de la mañana llegó á darme órdenes relativas el teniente coronel D. Joaquín Rivero.

«Como mi columna había pernoctado con las armas en pabellón, en la plazuela que estaba frente á mi cuartel, inmediatamente la puse en pie y seguí con ella á Rivero, quien me condujo á la Ladrillera de Azcárate, que es el último edificio de la ciudad, sobre el camino de Amozoc, diciéndome que era el punto donde debía yo resistir el ataque que por ese lado de la ciudad daría probablemente el enemigo. El general Zaragoza esperaba, naturalmente, el encuentro sobre la carretera que ocupé. Pocos momentos después llegó la brigada del general Berriozábal, conducida á la vez por otro ayudante, y fué situada á mi izquierda; la del general D. Francisco Lamadrid fué colocada á la izquierda de la de Berriozábal, y la de caballería del general D. Antonio Álvarez fué colocada á mi derecha. Como yo fuí el primero en ocupar aquel lugar, y debía presumir que el enemigo estaba cerca, destacué inmediatamente una cadena de tiradores á mi vanguardia y coloqué el núcleo de mi fuerza en columnas paralelas por batallones. Según fueron llegando las otras brigadas, fueron tomando la misma disposición, probablemente porque sus jefes la consideraron adecuada á las circunstancias ó porque supusieron que yo había obrado por orden del cuartel general.

«Cuando ya amanecía llegó el general Zaragoza, con su estado mayor, y visitó sucesivamente nuestras columnas, comenzando por la mía, que estaba sobre el camino; dirigió breves marciales alocuciones á los soldados y dió algunas órdenes, entre otras, que la artillería, que llegó casi á la sazón que él se presentaba en nuestra línea, fuera distribuída en nuestras columnas, correspondiendo á la mía dos obuses de batalla, calibre doce, cuya sección mandaba el subteniente Cortés y Frías, que llegó á ser general; y dispuso además que todas las columnas retiráramos nuestras respectivas